

SIMUEL

Los astros, en aqueste planetario,  
el porvenir os ponen manifiesto.

LA CONDESA

¿Y á qué este laberinto es necesario  
de rayas quirománticas?

SIMUEL

Señora,  
ahí está para el sabio la evidencia  
de vuestro porvenir; leed ahora,  
(Le vuelve el pergamino del otro lado.)  
reducida á palabras, su sentencia.

LA CONDESA

(Lee.)

«Quien consulta este horóscopo, va en  
[breve,  
tras de duelos y afanes bien prolijos,  
víctima á ser de sus ingratos hijos.»  
(Representando.)  
¡Cielos! Y gesto es....

SIMUEL

(Interrumpiéndola.)

Lo que cumplirse debe.

LA CONDESA

Y ¿es verdad, ¡justo Dios! y esto del  
[Conde,  
de don Sancho, mi horóscopo responde?

HISSEM

Más hijo no tenéis; luego á él se ajusta  
esa revelación con que os lo avisa  
generoso el destino, aunque os asusta.

LA CONDESA

Fatal sentencia es.

SIMUEL

Pero precisa.

LA CONDESA

No turbes mi razón con torpe labio,  
fascinando mi fe, viejo rabino.  
¿No acontece tal vez que yerra el sabio?

SIMUEL

El hombre acaso, pero no el destino.

LA CONDESA

Fácil es engañar á una matrona  
que tu ciencia celeste no penetra,  
cuando puede, detrás de cada letra,  
su horóscopo esconder una corona.

SIMUEL

Pues el medio elegid que más os cuadre;  
el azar en que hayáis más confianza  
discurrid, y del hijo y de la madre  
pesaremos la suerte en su balanza.  
Los muertos evocad, y os dirán eso;  
apelad á los sueños, y eso mismo  
dirán también; y dondequiera, expreso  
el agüero veréis y el fatalismo.  
Ya sea que á la suerte se encomiende,  
ya á espíritus terribles se consulte,  
trastórnese el pronóstico ó se enmiende,  
eso será no más lo que resulte.  
Las vidas de los dos por un sendero  
no pueden juntas ir; las dos no caben,  
y una de entrambas cederá primero;  
mas ¿cuál? Los cielos nada más lo saben.

LA CONDESA

Vea yo, pues, su voluntad expresa;  
póngalo ante mis ojos un vestigio  
de ese poder incógnito; un prodigio  
hable, y con él mi incertidumbre cesa.

SIMUEL

Ó matar ó morir es vuestro sino;  
tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

LA CONDESA

Ponme, Simuel, patente su mandato,  
y cedo ¡vive Dios! y muero ó mato.

SIMUEL

Pues bien, á verlo vais.

HISSEM

Harto hizo el sabio:  
judío, aun queda del amante al labio  
el último resorte; y si á esta nueva  
invención se resiste,  
apelaremos á tu ciencia insana.  
Vete.

## ESCENA X

LA CONDESA é HISSEM

HISSEM

Antes de que te arriesgues á esa prueba,  
sólo un momento escúchame, sultana.  
Quiérete el moro ó muerta ó soberana;  
armas, oro, un ejército te ofrece:  
¿qué más claro el destino te parece,  
cuando en tu mano pone esta mañana,  
y á tu antojo abandona,  
un lecho funeral ó una corona?  
Por cuanto caro en tu existencia tengas,  
que á esa prueba infernal nunca te aven-  
[gas.

LA CONDESA

(Con espanto.)

¿Conque es verdad, Hissem? ¿Puede su  
cumplir lo que promete? [ciencia

HISSEM

Veces ciento  
patentizó á mis ojos la experiencia  
que responde á su voz el firmamento.  
\*Mil veces en furtiva conferencia,  
\*al soldado, al mendigo, al opulento,  
\*les marcó de su muerte la hora oculta,  
\*y la hora fué de la fatal consulta.

LA CONDESA

\*¡Cielos!

HISSEM

\*¿Ves esos muebles que su estancia  
\*cercan en derredor? A su voz todos  
\*alma recibirán de varios modos,  
\*aterrando la tuya. Sí, sultana,  
\*todo es misterio aquí; y esas redomas  
\*que hacen creer á nuestra vista humana  
\*que contienen espíritus y gomas,  
\*el elixir encierran de las vidas  
\*cuyas horas de aliento están medidas.

LA CONDESA

¿Es tanto su poder?

HISSEM

¡Oh, no te asombre,  
todo lo puede con la ciencia el hombre;  
y hombre soy yo también, y tiemblo ahora  
ante esa ceremonia aterradora!

LA CONDESA

No lo acierto á creer.

HISSEM

Le vi mil veces  
los muertos evocar, de sus conjuros  
al secreto poder, y de sus preces  
con las palabras mágicas; seguros  
sus pronósticos son, y ese que miras  
respecto al porvenir que á ti te espera,  
es la expresión de las celestes iras.

LA CONDESA

¿Y preciso ha de ser que mate ó muera?

HISSEM

Sí, lo mismo que yo.

LA CONDESA

¡Cielos! ¿Qué dices?

HISSEM

Salga al fin de una vez del pecho mío  
este fatal secreto: el hado impío  
ató nuestros destinos infelices.

LA CONDESA

\*No te entiendo.

HISSEM

\*Oye: á mi importuno ruego,  
\*el mío consultó con las estrellas  
\*el sabio israelita.

LA CONDESA

(Con afán.)

\*¿Y supo de ellas....

HISSEM

\*Cuanto anuncióme realizóse luego.  
Escucha, pues, nuestro enlazado sino.  
Tú dependes del Conde; á un soplo suyo  
cambiará para siempre tu destino;

mas yo pendo de ti, mío es el tuyo,  
y si no hago que Sancho á ti sucumba,  
nuestro destino es él, él nuestra tumba.  
Ó él, ó nosotros dos.

LA CONDESA

¡Es imposible!

HISSEM

Ó él, ó nosotros dos; no hay esperanza.

LA CONDESA

Tú no lo crees, Hissem: ¡eso es horrible!

HISSEM

\*Aun yace el fiel de la fatal balanza  
\*en la mitad del peso equilibrado;  
\*mas sólo un día, una mañana queda  
\*para que pierda el equilibrio y ceda.  
Resuélvete.

LA CONDESA

¡Jamás!

HISSEM

¿Lo has meditado?

LA CONDESA

Sí; y no osarán mis manos á su vida,  
á no verlo yo misma decretado  
claramente en el cielo.

HISSEM

¡Fementida!

\*¿Así mi amor, mi ayuda, una corona  
\*renuncias ¡pesa mí! cobardemente,  
\*y el lazo que á tu vida me eslabona  
\*rompes sin pesar tan villanamente?  
\*¡Tu destino desprecias temeraria!  
\*¡No crees en él! Yo sí, y para evitarle  
\*separaré de ti mi suerte varia.

LA CONDESA

¡Moro!

HISSEM

Está bien: atienda desde ahora  
sólo á sí mismo cada cual, traidora.

LA CONDESA

De esa manera, Hissem.....

HISSEM

(Interrumpiéndola.)

De esa manera,  
de mi propia cerviz sabré apartarle.  
¿Conoces este pliego?

(Muéstrale.)

LA CONDESA

¡Ah! ¿Qué imaginas?

HISSEM

Todo por todo.

LA CONDESA

¡Corazón de fiera!

¿Qué es lo que vas á hacer?

HISSEM

¿No lo adivinas?

LA CONDESA

¡Ese pliego.....

HISSEM

Es tu carta; en ella le haces  
un encargo á este Hissem que te habla  
[ahora.

Lee: «*Mi esposo sale con sus haces,  
hazle que caiga en emboscada mora.*»

LA CONDESA

¡Cielos!

HISSEM

Cayó: su cuerpo fué comprado  
á fuerza de dinero, y fué Hissem mismo  
quien lo trajo, á lanzadas traspasado.  
Tu mano y tu corona has empeñado  
por tal servicio: cumple, ó un abismo  
te abro, esta carta al Conde remitiendo,  
tus esperanzas para siempre hundiendo.

LA CONDESA

¡Bárbaro Hissem! ¡Y lo pondrás por obra!

HISSEM

Sí, ¡juro á Alál Pues matas mi esperanza,  
\*en tu reino y tu amor todo me sobra;  
\*mas te daré venganza por venganza.

\*¡Ay, tuve orgullo en ti mientras me ama-  
[bas!

\*Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofen-  
[des  
no rindiendo á mi amor cuanto esperabas  
cual yo, te venderé cual tú me vendes.

LA CONDESA

¿Yo? ¿Yo venderte, Hissem? Sella esa  
[boca.

¿Yo venderte, que te amo más que al  
[mundo?

Calla, ó ¡por Dios, que volverásme loca!

HISSEM

Bien ese amor demuestras tan profundo,  
sultana, contra mí cuando atropellas  
hasta la misma ley de las estrellas.  
¿Que me amas dices? Mientes.

LA CONDESA

Pues bien, moro,  
habla: ¿qué exiges de mi amor? Responde.

HISSEM

Abre un sepulcro.

LA CONDESA

Bien; morirá el Conde.  
Mas ese pliego horrible.....

HISSEM

Con tus manos  
mil pedazos le harás, y este secreto  
jamás penetrarán ojos humanos.

LA CONDESA

Cumplase, sí, el recóndito decreto  
de mi suerte fatal; mas pronto sea,  
antes que calme mi pasión precita,  
y este vértigo horrendo que me agita,  
contra mí misma convertido vea.

HISSEM

Hoy mismo.

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

En la mesa.

LA CONDESA

Sí.

HISSEM  
(Llamando.)

Judío.....

ESCENA XI

LA CONDESA, HISSEM y SIMUEL

HISSEM

Pronto: ¿posees un elixir que acabe  
una vida en un punto?

SIMUEL

Sí.

HISSEM

¿Que oculte  
su presencia en el cuerpo?

SIMUEL

Sí; que lave  
la mano que le ofrezca, y que sepulte  
en sombra eterna el atentado grave.

HISSEM

Tráelo, pues.

SIMUEL

¿Para quién?

HISSEM

¿No es su destino  
ó matar ó morir?

SIMUEL

Sí.

HISSEM

Pues le acepta.

SIMUEL

¿Y el conjuro sin ver?

HISSEM

Ese es su sino,  
y de ello siente convicción perfecta.

SIMUEL

Venid, y os le daré

LA CONDESA

Y á mi palacio  
partamos en seguida,  
y aprovechemos el primer espacio;  
que es fuerza que hoy se arriesgue y se  
poder contra poder, vida por vida.

HISSEM

Y amor, y trono, y libertad, sultana,  
esta tarde tendrás.

LA CONDESA

(Volviéndose desde la puerta.)

Moro, descuida:  
muerta tengo de ser, ó soberana.

HISSEM y SIMUEL

Vamos.

(Vanse por la salida del fondo)

## ESCENA XII

EL CONDE y SANCHO MONTERO

(El teatro queda un momento solo. El Conde aparece abriendo una trampa giratoria practicada en un pilar, y Sancho Montero tras él, calmándole.)

SANCHO

Señor, calmaos.

EL CONDE

No, Montero,  
déjame respirar, deja que exhale  
su enojo y su pesar un caballero  
que ultrajar mira así lo que más vale,  
mi honor, Sancho: y ¿por quién? por  
por mi madre. [quien más quiero;

SANCHO

Señor.....

EL CONDE

Aparta, Sancho,  
y espacio deja á mis lamentos ancho.

Deja que sufra en paz, y que me queje  
á solas de mi mal, ya que es preciso  
que aquí en mi corazón le esconda y deje,  
porque el juicio de Dios así lo quiso.  
Porque es su ley que mi justicia ceje  
ante mayor razón, y un paraíso  
lleve en el rostro, mientras roe interno  
mi pobre corazón todo un infierno.

Di, Sancho: ¿y tú lo crees? ¿Y ésa es mi  
[madre?

¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!  
¡Ella dando por él muerte á mi padre!

(Con agitación.)

¡A mi vida por él osando airada!  
Y ¿qué halla en él que á su nobleza cuadre?  
¿Qué ama en él su pasión desventurada?  
¡Pliegues del corazón que sólo sabe  
Dios, que del corazón guarda la llave!

SANCHO

Serenaos, señor.

EL CONDE

(Calmándose de repente.)

Ya estoy sereno.

SANCHO

Y no olvidéis que su traidora ciencia  
á vuestros días aplazó un veneno.

EL CONDE

No será la que corte mi existencia;  
no temas por la mía, ¡oh Sancho bueno!  
Yo haré caer sobre ellos su sentencia,  
y tal será mi fallo furibundo,  
que asombro cause al venidero mundo.

## ESCENA XIII

DICHOS y ELÍAS

ELÍAS

(Echándose á los pies del Conde.)

Señor.....

EL CONDE

¿Quién es ese hombre?

ELÍAS

Un miserable,

señor, que á vuestras plantas humillado  
viene á pedir su vida detestable.

EL CONDE

Sancho, ¿quién es?

SANCHO

Señor, el renegado.

EL CONDE

¿Cómplice de las tramas infernales  
de esos traidores es?

SANCHO

Sin duda alguna,  
y su siervo más fiel.

EL CONDE

Por cuanto vales,  
responde, y di á tu lengua que reúna  
cuanta sinceridad en ella quepa,  
para decir al punto cuanto sepa.

ELÍAS

¡Señor!

EL CONDE

Lo cierto te valdrá la vida;  
dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo  
que aprestaba su ciencia maldecida,  
y que á mi pobre madre fascinando,  
la arrastraba al delito más nefando?

ELÍAS

Señor, un filtro de poder tremendo  
que al espíritu crédulo estremece;  
un licor que el cerebro enardeciendo,  
le fascina, le turba, le enloquece;  
y el ánimo á esta farsa disponiendo,  
le hace en falso juzgar de cuanto ofrece  
el pretendido sabio á sus sentidos,  
en visiones y encantos prevenidos.

EL CONDE

¡Infames!

ELÍAS

Y la fiebre que produce  
es un vértigo horrible, es un ensueño  
que á cuanto el sabio necesita induce;

le hace del alma del paciente dueño,  
y á cuanto la visión falsa le incita  
el crédulo mortal se precipita.

EL CONDE

¡Basta; basta, por Cristo! Impía ciencia,  
digna no más de moros y judíos;  
artes por mi fatal condescendencia  
hoy practicadas en los reinos míos.  
Mas hoy concluirán. Sancho, á ese hombre  
que ha asistido á tan torpes sortilegios,  
dale muerte.

SANCHO

Señor, aunque os asombre,  
le concedí la vida en vuestro nombre.

EL CONDE

Válganle, Sancho, pues, los privilegios  
de mi palabra Real; pero su lengua  
renegó de su Dios, y fuera mengua  
sin castigo dejar sus sacrilegios.  
Sancho, en un calabozo eternamente  
yazga; y privado de la lengua y manos,  
que no pueda jamás, aunque lo intente,  
revelar lo que sabe á los humanos.  
¡Silencio! Esto ha de ser: un solo acento,  
en la garganta os cortará el aliento.

(Sancho le lleva y vuelve.)

## ESCENA XIV

EL CONDE

Todos á precio tal su vida estimen,  
los que delito tan odioso entiendan.  
Sí, mueran antes que á mi madre vendan:  
caiga la eternidad sobre su crimen.  
Señor, que el corazón de los mortales  
desde tu regia excelsitud penetras,  
y á través de apariencias terrenales  
lees su verdad en invisibles letras;  
tú, que con tus miradas paternales  
tan gran resolución en mí perpetras,  
tú, que conoces de mi afán lo extenso,  
benigno acepta el sacrificio inmenso.

## ESCENA XV

EL CONDE y SANCHO

EL CONDE

¿Eres tú?

SANCHO

Sí, señor.

EL CONDE

¿Está seguro?

SANCHO

Sí.

EL CONDE

¿Con nadie hablará?

SANCHO

Con alma humana;  
guárdale sólo el callejón del muro,  
y allí estará al partir.

EL CONDE

De buena gana  
le perdonara, Sancho, mas no puedo,  
que aun de mi misma lengua tengo miedo.

SANCHO

Pero ¿lloráis, señor?

EL CONDE

Fuego derramo,  
sangre que quema mis hinchados ojos.

SANCHO

¡Ah! Moderad, señor, tantos enojos.

EL CONDE

Sancho, voy á inmolar lo que más amo.  
¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, llo-  
ro porque voy á perder en un momento  
la madre criminal en quien adoro,  
y el honor, que aprecié más que el aliento.  
¿Lo oistes? Hijo vil que la esclaviza,  
apellidarme osó delante de ella  
esa canalla ruin que me la hechiza  
con las necias patrañas de su estrella.

Y calló.... ¡Ah! Todos hoy serán ceniza,  
todos caerán bajo mi airada huella.

SANCHO

(Con asombro.)

¡Todos!

EL CONDE

Sí.

SANCHO

(Más.)

¿También ella?

EL CONDE

Sancho, tente;  
no temas nunca que á mi madre atente.  
Siempre de entre los dos será primero,  
de mi madre ó mi honor, mi honor su-  
[cumba:

al suyo ceda el universo entero,  
y ábrase al hijo envilecida tumba.  
Sobre mí su baldón que caiga quiero,  
y pues mi honor por ella se derrumba,  
que á mí tan sólo su baldón me siga,  
y el universo entero me maldiga.

SANCHO

¿Qué es lo que habláis, señor, que no os  
[entiendo?

EL CONDE

No lo entiendas jamás, si vivir quieres.  
Este secreto formidable, horrendo,  
si lo aciertas tal vez, cállalo ó mueres.

SANCHO

¡Ah!.... El sacrificio colosal comprendo,  
y me espanta, señor.

EL CONDE

Si leal eres,  
sea tu corazón su eterno abismo.

SANCHO

Callando imitaré vuestro heroísmo.

EL CONDE

No sabes ¡ay de mí! cuánto me cuesta  
tamaña abnegación; que al fin, Montero,  
para mí nada más será funesta.

Mas á mi fama mi deber prefiero;  
su hijo nació; mi obligación es ésta,  
y obraré como debe un caballero.  
Sabré, aunque el mundo me acrimine un  
que obró mi corazón como debía. [día,

SANCHO

Culpe, señor, vuestra fatal estrella.

EL CONDE

No; la virtud á medias no practico,  
Sancho, no quede de mi hazaña huella;  
ignore el mundo lo que no le explico.  
Entre mi madre y yo, primero es ella:  
venza, pues; cuanto soy la sacrificio.  
Quede por siempre limpia su memoria,  
y eche en mí solo su borrón la historia.  
Mas el juicio....

(Al entrar Simuel, el Conde se emboza, y Sancho  
se aparta. El judío se asombra de hallarlos allí.)

## ESCENA XVI

EL CONDE, SIMUEL BENJAMÍN y SANCHO

SIMUEL

(Al ver al Conde.)

¡Dios!

EL CONDE

(Yéndose á él.)

¿Qué hay que te asombre?

Todo lo oí, y del Conde la mancilla  
tú mismo has de lavar.

SIMUEL

Fantasma ú hombre,  
¿quién te trajo hasta aquí? ¿Cuál es tu  
[nombre?

EL CONDE

Dobla para escucharle la rodilla.

SIMUEL

¿Yo? Y ¿á quién?

EL CONDE

(Descubriéndose.)

A don Sancho de Castilla.

(Queda D. Sancho, desembozándose, en una actitud  
que revele toda la dignidad de su carácter, y cae á sus  
pies el judío.)

